
CRÍTICA DE LIBROS

El infierno en la tierra: personalidad e instituciones malvadas. Reseña de: Javier Leiva Bustos, *Sociogénesis del mal*, Barcelona, Herder, 2024

Hell on earth: evil personalities and institutions. Review of:
Javier Leiva Bustos, *Sociogénesis del mal*, Barcelona, Herder, 2024

Ainara Quirós Castro

Universidad Complutense de Madrid

ainaraqu@ucm.es, <https://orcid.org/0009-0006-9837-7966>

Copyright: © 2026 Editorial CSIC. Este es un contenido de acceso abierto diamante distribuido bajo los términos de la licencia de uso y distribución Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

La obra *Sociogénesis del mal* constituye la segunda parte de la investigación filosófica en torno al mal elaborada por Javier Leiva, estando la primera recogida en *Una teoría de la acción malvada*. Ambas obras conforman la unidad de una investigación de la cual el lector podrá sacar el mayor provecho recorriendo sendos libros. Conviene, pues, explicar brevemente la labor desempeñada por el autor en el primero de ellos, más aún teniendo en cuenta que los resultados de este sirven de base y constituyen el punto de partida de la reflexión emprendida en el segundo. Así las cosas, en *Una teoría de la acción malvada*, Javier Leiva elabora en la “Primera parte” ciertas reflexiones previas a la propia investigación y preparatorias para esta última —mostrando la conveniencia de preguntarnos por el mal, delimitando el terreno de estudio al acotar su objeto al mal moral y político, desarrollando una reflexión en torno a las herramientas de las que tal investigación habrá de servirse y elaborando una vindicación del propio concepto de “mal” frente a aquellos que se muestran escépticos con él—. Una vez realizadas todas estas consideraciones preliminares, el autor despliega su propia teoría de la acción malvada —“Segunda parte”—.

Con ello, ese primer libro proporciona el soporte teórico —más analítico y conceptual— que en *Sociogénesis del mal* encontrará su aplicación práctica —como explica el propio Javier Leiva en la “Introducción” de este último (pp. 13-14)—. Mientras que aquel proporciona la teoría, este muestra sus repercusiones prácticas. Dicho con otras palabras, con miras a no quedarse en el terreno meramente especulativo, el autor baja del ámbito de lo conceptual hacia el espacio mundano, donde puede ocuparse de la “sociogénesis del mal” a través del estudio de la personalidad malvada y de las instituciones malvadas. Resulta sumamente importante el orden de análisis —como recalca el autor (pp. 13, 15)—. Acción malvada, personalidad malvada e institución malvada son tres elementos interrelacionados; sin embargo, el análisis de la acción malvada emprendido en *Una teoría de la acción malvada*, antecede al de la personalidad con el mismo apellido, en la medida en que, si bien todas las personas malvadas cometen —o tratan de cometer o permiten— acciones malvadas, no todas las acciones malvadas son cometidas por personas malvadas. Ahora bien, una vez elaborado el análisis de tales acciones, resta por abordar el estudio de la personalidad malvada y de las instituciones malvadas —de los cuales se ocupa *Sociogénesis del mal*—. Y aquí el orden tampoco es baladí. Primero se aborda la personalidad malvada —“Tercera parte”— y, después, las instituciones malvadas —“Cuarta parte”—, ya que estas, en última instancia, están conformadas por personas como aquellas y dan lugar a su vez a más personas malévolas.

Estos análisis por separado de las acciones, personalidades e instituciones, malvadas todas ellas, evitan cualquier confusión que hubiera traído un estudio conjunto y simultáneo de las tres. Ello habría dado lugar a poco más que un conglomerado incomprensible. Ciertamente es que, siendo todas ellas malvadas, poseen rasgos comunes y el análisis de unas se apoya en el de otras —el estudio de la personalidad malvada se asienta sobre el de la acción malvada, y el de las instituciones malvadas, sobre los dos estudios previos—, pero, a pesar de estar fuertemente interconectadas, requieren de indagaciones independientes. Esto no solo aporta claridad a la obra del autor, sino, a su vez, un mayor rigor y profundidad. Asimismo, no deja de ser pertinente señalar que, al igual que ya venía haciendo el autor en *Una teoría de la acción malvada*, en este libro sigue teniendo como trasfondo de todas sus reflexiones al nacionalsocialismo; en este caso, encontrando en él tanto figuras paradigmáticas de personalidad malvada, como también el claro ejemplo de instituciones malvadas.

De nuevo, en *Sociogénesis del mal* el nacionalsocialismo no solo es una abundante fuente de ejemplos con los que ilustrar las ideas que se van elaborando, sino que también aquí, al igual que en el libro anterior, este actúa a modo de lupa. Es decir, su exacerbado grado de atrocidades, tanto en un sentido cuantitativo como cualitativo, posibilita ver con mayor claridad rasgos que resultarían más difíciles de identificar en males a escala menor. Así, por ejemplo, las instituciones malvadas del nacionalsocialismo ilustran idóneamente los distintos grados de colaboración —como personas malvadas, hacedores del mal o espectadores— que consiguen instituciones tales (pp. 67-68); el establecimiento de áreas grises morales que facilitan corromper a la población (p. 68); la obediencia ciega que logra la ideología malvada (pp. 97-98); o la creación de factores situacionales que promuevan una conducta malvada, esto es, que favorezcan la creación de un “contexto del mal” (pp. 115-116).

Al amparo de este planteamiento, el lector que se adentre en la obra encontrará un estudio de la personalidad malvada, seguido de otro al respecto de la institución malvada, sucedido por un epílogo que reivindica el pensamiento crítico como herramienta de prevención del mal y una conclusión final a modo de cierre de las investigaciones en torno al mal desarrolladas por el autor en ambos libros —*Una teoría de la acción malvada* y *Sociogénesis del mal*—. La parte dedicada a la personalidad malvada comienza dialogando con otras teorías ya establecidas en torno a ella, criticando y oponiéndose a algunas —como la explicación afectivo-motivacional de Haybron (pp. 24-26)— y tomando otras como punto de partida —siendo este el caso de la explicación disposicional de Russell (pp. 26-28)— para, a partir de ahí, poder elaborar una teoría propia de la personalidad malvada, supliendo las deficiencias que encuentra en la explicación de aquella última. Esto ya pone de manifiesto lo bien interiorizada que el propio Javier Leiva tiene aquella lección que nos dejaron los antiguos al respecto de la importancia del diálogo en filosofía —aunque en este caso se desarrolle por escrito—. Pretender hacer filosofía haciendo oídos sordos al resto de pensadores y teorías es una empresa abocada al fracaso. La labor filosófica pasa, como bien muestran ya las páginas iniciales de este libro, por atender a lo que otros ya han dicho y reconocer tanto sus defectos como aquellas ideas que merece la pena conservar. La originalidad no está reñida con recoger los grandes aciertos de quienes nos antecedieron y apoyarnos en ellos para edificar nuestra propia reflexión. Por consiguiente, creo que no es erróneo afirmar que las reflexiones que encontramos tanto en este libro como en aquel otro que le precede constituyen una original teoría del mal fruto del diálogo con lo que otros pensadores y pensadoras ya dijeron de la cuestión.

A partir de aquí el autor puede elaborar un minucioso análisis acerca de en qué consiste una personalidad malvada y cuáles son sus rasgos característicos —desde sus motivaciones e intenciones malvadas, hasta su nulo remordimiento, pasando por su actuar libre y no coaccionado, su disposición al mal, el hábito adquirido de obrar malévolamente y la no necesidad de presencia de pasiones o placeres en la realización del mal— (pp. 29-39). Ciertamente, al lector le podrá sorprender el poco espacio que se dedica al estudio de la personalidad malvada. De las doscientas páginas que componen esta obra, poco más de treinta se dedican a la personalidad malvada. Esto es justificado por el propio autor al final del libro, planteando su polémica —aunque no tanto si se comprende bien— tesis acerca de que “desde el punto de vista filosófico, el análisis de las personas malvadas *per se* resulta el menos interesante” (p. 190). En efecto, poca enjundia reflexiva tiene el estudio de una personalidad intrínsecamente malvada, cuyo motor son motivaciones e intenciones igualmente malvadas. De una persona tal poco más cabe decir que hace lo que hace porque es como es; comete acciones malvadas porque es malvada. El mayor interés del autor se sitúa, no obstante, en el proceso que se recorre hasta llegar a convertirse en una persona malvada.

La personalidad malvada resulta, pues, un carácter que se adquiere por medio del hábito —apoyándose en este punto en la reflexión aristotélica (pp. 33-34)—; es fruto de un proceso que tiene como punto de partida a una persona normal y corriente. Por este motivo, Javier Leiva no duda en afirmar que lo verdaderamente interesante de estudiar es esa evolución de la normalidad a la malignidad (pp. 192-193). Ahora bien, esta idea asusta, y el propio autor es consciente de ello. Nos incomoda pensar que los monstruos morales no son seres apartados de la humanidad, sino personas normales y corrientes que acabaron ascendiendo por la escalera del mal. Ya no es solo que cualquiera pueda hacer el mal y acabar cometiendo acciones malvadas; es que cualquiera puede acabar volviéndose una persona malvada. Ello resulta atemorizante, pero es que la filosofía, antes que para dar consuelo, está para dar verdad, y siempre será mejor una verdad incómoda que una mentira consoladora.

Seguidamente, el lector se encuentra con la parte de la obra dedicada al análisis de las instituciones malvadas. No podía faltar un estudio como este en una investigación filosófica en torno al mal, en la medida en que tales instituciones conforman la cúspide del mal, es decir, posibilitan la ejecución de los mayores males —tanto en su sentido cualitativo, como cuantitativo—, dando lugar así a lo que el autor denomina como “mal extraordinario” (p. 57). Es con ellas con las que se alcanza la mayor propagación del mal, pues no es solo que las instituciones malvadas tengan a la cabeza personas malvadas, sino que, en un movimiento de retroalimentación, aquellas corrompen a la población y dan lugar a más personas malvadas; todo lo cual lleva a la peor de las consecuencias: el advenimiento de una sociedad malvada, instaurándose un “contexto del mal”.

En relación con las instituciones malvadas, la obra se focaliza de manera particular en dos elementos vinculados a ellas: la ideología malvada y la creación de un contexto del mal. Con respecto al primero de ellos, el propio autor reconoce lo manida que está la noción de “ideología” y, por consiguiente, declara la necesidad de llevar a cabo primero una aclaración terminológica y una delimitación conceptual (pp. 75-80), a fin de poder hablar con rigor de ideologías malvadas —o “radicales”—. Entender cómo funcionan estas ideologías, comprender la forma en la que se presentan como poseedoras de un conocimiento privilegiado de la realidad y de soluciones para remediar todos los problemas que en ella encontramos, nos posibilita una mejor prevención ante ellas. Más ahora que vivimos en un contexto idóneo para el surgimiento de ideologías de esta índole, donde las crisis, la desconfianza y la inestabilidad proporcionan el caldo de cultivo perfecto para que un líder ideológico llegue con su logicismo explicativo a dar cuenta de todo lo que ocurre y a embaucarnos con promesas de paraísos a los que nos llevará —ya Javier Leiva señala ejemplos recientes a la hora de explicar el funcionamiento de las ideologías malvadas (p. 80, nota al pie)—.

En especial, cabe destacar la importancia para nuestro tiempo vigente del análisis de dos características ligadas a la ideología malvada: la obediencia ciega y la creación de un enemigo. Al respecto de la primera, de la que tanto nos cuesta percatarnos cuando cada cual es quien está dentro de ella, la reflexión del autor nos posibilita comprender su funcionamiento, entender cómo “por mor de la obediencia cualquier persona es capaz de hacer voluntariamente el mal” (p. 96), lo cual nos permite empezar a adquirir las herramientas necesarias para evitar caer en ella. Por su parte, las páginas dedicadas a la creación de un enemigo por parte de las ideologías malvadas ayudan a comprender un mundo tan polarizado —y cada vez más— como el nuestro, a la par que nos advierten de las atrocidades que se pueden llegar a cometer —y, lo que es peor, considerarse justificadas— contra quien es tenido por enemigo.

Junto al estudio de las ideologías malvadas que acompañan a las instituciones de igual apellido, la consideración en torno al contexto del mal al que estas dan lugar sirve a modo de advertencia de las atroces consecuencias últimas a las que se puede llegar. Tales consecuencias no son sino la configuración de un contexto que impulse a aquellos que en él se encuentran a cometer acciones malvadas. Dicho con otras palabras, que el mal se acabe instaurando en una sociedad como lo normal (p. 114). Y aunque esto pudiera parecer cosa de ficción, apoyándose en diversos estudios de psicología social el autor muestra que hay factores de unión de grupo —la difuminación de la responsabilidad, la desindividualización de quienes conforman el grupo y la conformidad a la presión de este— (pp. 118-127) que, junto a factores de socialización —el compromiso gradual con el grupo, la conducta ritual y la represión de la conciencia— (pp. 128-134), posibilitan la implantación de tal “cultura de la crueldad”, donde todos son perpetradores, bien activos o bien pasivos, y donde las víctimas quedan reducidas a un *otro* deshumanizado al que, como golpe final, se le llega a echar la culpa de su propia desgracia.

A modo de ilustración de todo ello, y como paradigma de institución malvada, el autor hace referencia —tal y como se ha mencionado anteriormente— al nacionalsocialismo. Este no sólo ejemplifica a la perfección todos los rasgos característicos de instituciones tales, sino que muestra que efectivamente se pueden dar, que efectivamente se puede llegar a instalar un contexto del mal, que no es cosa de distopías. Como decía Primo Levi a propósito de la barbarie del nazismo: “ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder” (Levi, 2012, p. 648), y el conocer todos los rasgos que caracterizan a las instituciones malvadas y los mecanismos de los que se sirven, nos ayuda a identificar lo antes posible el surgimiento de tales instituciones y poder detener su desarrollo antes de que sea demasiado tarde.

A nivel formal, Javier Leiva nos vuelve a regalar, al igual que en *Una teoría de la acción malvada*, una escritura que destaca por su orden y claridad. Estructurando cada desarrollo en múltiples apartados, ofreciendo siempre definiciones desde las que partir, desgranando todos los elementos que encierran tras de sí los conceptos centrales de su estudio y analizando por separado cada uno de esos componentes. A su vez, las múltiples distinciones que elabora a lo largo de la obra —como, por ejemplo, la distinción entre “hacedor del mal” y “persona malvada” (pp. 22-24), entre lo “racional” y lo “razonable” (pp. 47-48), o entre “colaboradores activos” y “colaboradores pasivos” (p. 137)— contribuyen a la mencionada claridad de la escritura al evitar confusiones y posibilitar una aproximación a las problemáticas con mayor precisión y exactitud. Asimismo, resulta de suma ayuda para la comprensión y seguimiento de la argumentación el reiterado empleo de ejemplos. Al fin y al cabo, el mal es una realidad próxima y convivimos con él, pues se encuentra muy extendido y a todas las escalas. No resulta extraño, en consecuencia, encontrarnos con ejemplos sacados de los noticiarios —como el asesinato por parte de José Bretón de sus dos hijos (p. 49) o el asesinato de Kitty Genovese (p. 119, nota al pie)—. Sin embargo, el autor tampoco desestima lo ilustrativos que pueden ser los casos ficcionales y audiovisuales, de ahí que se sirva también de ejemplos extraídos de ese campo —como son, mismamente, *Los Simpson* (p. 35)—. Además, dicho terreno de la ficción ha sido muy fructífero a la hora de representar la Segunda Guerra Mundial y denunciar la barbarie del nacionalsocialismo. Así, por ejemplo, sirviéndose de la película *Malditos bastardos*, el autor nos señala un caso muy ilustrativo de “área gris moral” (p. 69).

No pasa tampoco desapercibido el fecundo diálogo que Javier Leiva emprende en esta investigación con otras disciplinas más allá de la filosofía. Pues, si bien su apoyo bibliográfico es en gran medida filosófico, encontrándonos en él con figuras tan relevantes en la historia del pensamiento contemporáneo como Carl Schmitt —a propósito de la dilucidación de la noción de “enemigo” (pp. 100-102)— o Hannah Arendt —en relación con las ideologías malvadas (pp. 81-85) o con la relevancia del pensamiento crítico para afrontar el mal (pp. 166-180)—, el autor se sirve también de los resultados obtenidos en otras disciplinas como la psicología (p. 89; p. 153), la sociología (pp. 116-117) o la antropología (p. 130), mostrando con ello que, a la hora de abordar un problema, resulta más enriquecedor hacerlo en contacto con otras disciplinas y las investigaciones en ellas emprendidas. Todo esto le permite elaborar una investigación completa y rigurosa que, asimismo, consigue que el lector vaya desprendiéndose de multitud de prejuicios ligados a la cuestión del mal.

A este respecto cabe destacar el capítulo 8 de la obra, donde se nos insta a ser realistas con las personas malvadas, a librarnos de esas caracterizaciones de ellas como monstruos, seres irracionales o locos. Es decir, nos recuerda que las personas malvadas no están más allá de nosotros, sino entre nosotros, que cualquiera puede tomar esa escalera encaminada al mal, pues, “si alguien incauto y descuidado no se previene de manera adecuada, puede llegar a convertirse en una [persona malvada]” (p. 51). Pensar que las personas malvadas son unos monstruos fuera del conjunto de personas normales nos hace sentir seguros, pero esa caracterización nos vuelve, a su vez, vulnerables a acabar convirtiéndonos en un monstruo tal. Otro prejuicio que la obra desmonta es la idea de que solo se colabora con el mal cuando se hace de manera activa, cuando se emprenden acciones. Sin embargo, a lo largo de estas páginas vislumbramos la enorme relevancia que tiene la colaboración pasiva a la hora de propagar el mal —como ocurrió con la población alemana durante el Tercer Reich (p. 68), por ejemplo—. Y a su vez, esta lectura nos permite desligarnos de un prejuicio que subyace a muchas de nuestras consideraciones más cotidianas: la falacia del mundo justo. Ese ímpetu por buscar siempre un sentido a las desgracias que nos ocurren, por buscar una razón para el mal que padecemos —y que puede acabar en una culpabilización de la propia víctima de la desgracia que sufre (p. 156)—, nos impide percatarnos de que, de hecho, el mundo no es justo, no todo tiene su

razón de ser y hay ocasiones en que uno sufre un mal porque simplemente le tocó a él como podría haberle tocado a otro. Cierto es que todo este desmontaje de prejuicios con los que convivimos puede resultar incómodo. Puede desestabilizarnos ver que ideas con las que afrontábamos nuestro día a día carecen de sustento. No obstante, al decir kafkiano, los buenos libros son los que pican, los que muerden, los que nos incomodan y los que, justamente por ello, no nos dejan indiferentes.

Se vislumbra, pues, cómo este libro ofrece una comprensión filosófica del mal que resulta de suma ayuda en su combate y prevención. Javier Leiva no es iluso, sabe que, una vez el mal está instalado, la forma de derrocarlo seguramente requiere de la violencia —al mal no se le vence poniendo la otra mejilla—. Por consiguiente, conviene evitar a toda costa tal realización efectiva del mal, de ahí que el “Epílogo” del libro se dedique a mostrar, de la mano de Immanuel Kant y Hannah Arendt, la relevancia del pensamiento crítico en tal tarea de prevención. Un pensar que, siendo capaz de situarse en otros puntos de vista, pueda llevar a cabo una tarea de discernimiento entre el bien y el mal (p. 172). En este punto, cabe agradecer al autor que, tras toda su investigación en torno al mal, no caiga en un pesimismo exacerbado. Porque esta obra está llena de esas verdades que no gusta escuchar y que dejan mal cuerpo; pero si la realidad es dura, no merece la pena endulzarla y, con ello, evitarla. Y la realidad es que el mal está extendido, que cada cual puede acabar volviéndose una persona malvada si no piensa críticamente todas sus decisiones y que las instituciones pueden devenir malvadas y llevar a las mayores atrocidades posibles; que las ideologías malvadas están al acecho y que una cultura de la crueldad no es algo imposible de repetirse. Todo esto asusta y aún más lo hace el reconocimiento de que el mal, por mucho que nos gustara acabar con él de una vez por todas, es *radical* e inherente a nosotros los seres humanos, no se puede hacer desaparecer, pero sí al menos combatir y prevenir. Sin embargo, a pesar de todo, podemos afirmar que el autor no es catastrofista o, al menos, así nos lo muestra su “Conclusión” (pp. 181-183). Lugar donde, además, nos regala una actitud socrática envidiable, esto es, abierta a la crítica, refutación y corrección (p. 194), a sabiendas de que todo ello, si se lleva a cabo correctamente, revertirá en una mejor comprensión de la cuestión y, por ende, en una mayor aproximación a la verdad.

Conforme a todo lo expuesto, se aprecia cómo en esta obra el mal adquiere en la reflexión filosófica el rol protagonista que por norma general la tradición había obviado, poniendo el foco de atención en su origen, naturaleza y consecuencias, siempre desde la esfera de la acción práctica humana. En este sentido, se aleja de todos aquellos planteamientos negativos que anteriormente se habían limitado a señalar lo que el mal no es para ahora pasar a decir que el mal es y dilucidar aquello en lo que consiste su ser o existencia en el plano de la *praxis*; comprensión que, no obstante, en modo alguno supone una justificación. Como resultado de dicha tarea filosófica tenemos este análisis en torno al mal que radica en la comprensión del mismo a tenor de los hechos acontecidos en el siglo XX y XXI, y que, de manera diferencial, coloca el énfasis en el punto de vista ético-político a la hora de dar cuenta de dicho fenómeno, sin recurrir a elementos metafísicos —como sí que acontece, por el contrario, en multitud de reflexiones previas en torno al mal—. Una empresa para la cual se vale en su explicación de la retroalimentación entre personalidades malvadas e instituciones malvadas —a la par que evita mezclar este análisis con el de las propias acciones malvadas—, diferenciando así metodologías válidas para aquellas y estas. Con ello, en última instancia, el autor logra sortear multitud de confusiones y paradojas en las que cayeron planteamientos precedentes que pasaron por alto tales distinciones.

Finalmente, a modo de conclusión, dudo mucho que alguien hubiera emprendido una investigación en torno al mal de semejante calibre sin tener la más mínima esperanza de que tal estudio podría ayudar en algo, reconociendo así que no todo está perdido, que no todo resulta tan horrible. Con *Sociogénesis del mal*, junto a *Una teoría de la acción malvada*, Javier Leiva ha conseguido lo que se propuso: situar al mal en el centro de la reflexión filosófica, agitar cabezas y mover a la reflexión; haciendo de esta lectura el impulso necesario para tratar de hacer del mundo algo más Edén y un poco menos Infierno. Porque si algo nos muestran estas páginas es que el hecho de que sea lo uno o lo otro, dependerá de nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

Levi, Primo (2012). *Trilogía de Auschwitz*. El Aleph.